

y resentió donde don Pedro estaba y lle- vole de encuentro tras sí la cuesta aba- xo, día de San Juan de 1541 años." (Dorantes.)

Quedó Alvarado, del golpe, sin sentido y sus soldados, que tal le vieron, se tor- naron á socorrerle en tanto que los indios esforzaban la persecución, mas volviendo en sí el capitán mandó que uno de aqué- llos tomase su casaca y bastón y se pu- siera al frente para que los indios no tu- viesen cata de lo ocurrido y comenzó á dolerse no de sus golpes, sino de llevar consigo cobardes como el que había sido causante de ellos. "Preguntado ¿qué le dolía? Respondió, la alma: llevadme donde pueda curarle con la penitencia." (Frexes.)

En un pavés le llevaron hasta Atenguillo, seis leguas de la cuesta, y ya en esto los indios se habían retirado, visto el tesón con que los españoles se defendían. Oñate, que había estado atalayando la acción desde un monte inmediato á Yahualica, corrió á dar auxilio tan pronto como vió su desastrado fin y llegando á Atenguillo, se turbó tanto á la vista de don Pedro que no supo hacer más que echarle los brazos, sin decir palabra. "Alvarado prorrumpió: ¿qué remedio hay, amigo? Curar el alma, es lo que ahora conviene. Quien no quiso creer á una buena madre, que sufra una mala ma- drastra. Yo tuve la culpa en no creer á quien conocía mejor que yo la gente y la tierra. Mi mayor desventura fué traer un soldado tan vil como Montoya, con quien me he visto en grandes peligros por librarle la vida hasta que con su caballo y poco ánimo me ha muerto.... ¡Que se haga la voluntad de Dios! yo me hallo mortal y pido por amor de Dios me lleven á la ciudad, para disponerme para la eternidad." (Frexes.)

El capellán de Alvarado, Baltasar de Estrada, vino á su encuentro para administrar lo y lo hizo en el camino de la vi-

lla, debajo de un árbol. Llegado á Guadalupe el triste convoy, se alojó al herido en la casa de Juan del Camino, sobrino suyo político, donde hizo su tes- tamento ante el notario público Diego Hurtado de Mendoza, y falleció el día 4 de Julio, muerte que fué muy llorada de españoles y celebrada por los indios, que miraban con supersticioso temor á aquel guerrero hijo del sol como por su rubio pelaje le llamaban. (*Tonatiuh*).

Cuando la funesta nueva llegó á doña Beatriz de la Cueva, la segunda mujer del Adelantado, en Guatemala, hizo esta viuda tal llanto y ponderación de su dolor que algún cronista se lo tiene por gran blasfemia, porque dijo "que ya Dios no tenía más mal que hacerle". Hizo otras mil locuras, y en medio de sus muchas lágrimas entró en el Cabildo y se hizo recibir y jurar por Gobernadora. No quería consuelo: *tiñó de negro su casa por dentro y fuera*: no comía ni dormía. Hizo las honras con grandes llantos y lutos con gran pompa y grandeza", (Dorantes) y como si todos estos extremos hubiesen verdaderamente provocado el enojo celeste, "el día de Ntra. Señora de Setiembre" se desató sobre Guatemala una tempestad de agua durante tres días y al tercero, á las dos de la mañana, bajó del Volcán de Agua una avenida tal que derribó media ciudad y la casa del Adelantado la primera.

Doña Beatriz y sus criados, al estruendo, se despertaron y acogiéndose al oratorio, subióse al ara la primera y se abrazó á una de las imágenes que allí había; pero de nada hubo de valerle, porque "cargó allí la fuerza de la agua y derrocó aquella cámara y capilla como otras muchas piezas de la casa, y ahogólas, que por ventura si ella se estuviera queda en la quadra donde dormía no muriera, que no se hundió aquel aposento por ser más fuertes sus cimientos que los otros." (Dorantes.)